

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

IX

DÍAZ RESCATA SU CIUDAD NATAL

A pesar de sus victorias, Díaz estaba inquieto y preocupado. Había retenido Tehuantepec para la república constitucional en contra de la guerra, la traición y las enfermedades, y era el jerarca firme del Istmo. Pero le irritaba y era un desafío a su patriotismo que mientras el gobierno de Juárez se encontraba ignominiosamente acorralado en Veracruz, donde el gran zapoteco seguía oponiendo resistencia a la Iglesia y su ejército comandado por el joven Miramón, la ciudad de Oaxaca estuviera en posesión de unos soldados españoles asalariados, Marcelino y José María Cobos, al tiempo que el gobierno legítimo del estado se escondía en las montañas.

Por consiguiente, el 5 de enero de 1860, el impaciente líder salió de Tehuantepec, resuelto a rescatar su ciudad natal y arrancársela al enemigo. Su fuerza la formaba una banda de indígenas de Juchitán, aldeanos por naturaleza alcoholizados y pendencieros, a los que había armado, equipado y adiestrado. Eran 300 indígenas, además del remanente de la Guardia Nacional, compuesto de unos cien hombres.

Lo primero que hizo fue trasladarse a Tlacolula, con la vana esperanza de unir a las fuerzas del gobierno estatal fugitivo. Después de una

marcha de dos semanas llegó a los terrenos de la hacienda Xagá, cerca de las ruinas de Mitla —los majestuosos y misteriosos monumentos de una raza desaparecida, orgullo y misterio del valle histórico de donde Díaz era originario— y allí vio a parte de las tropas enemigas. Se trataba de la vanguardia de una columna de 1 300 hombres que había salido para Tlacolula en busca de Díaz y sus hombres; pero Díaz había llegado primero a esa población. La vanguardia intentó ocultarse en un pequeño bosque. El alerta comandante liberal detectó con sus binoculares a los guías de la caballería. La vanguardia estaba a las órdenes del coronel Antonio Canalizo y al bloque principal de la tropa lo comandaba el temible Marcelino Cobos.

A la vista de las ruinas de Mitla, cuyos muros de piedra tallada y que estaban desmoronándose proclamaban la grandeza de la antigua civilización mexicana, el coronel de la milicia, menor de treinta años, ahora tenía que luchar por el México moderno y sus libertades contra una fuerza cuyo número era del triple de la propia, comandada por un español contratado. Era una lucha desigual, pero, teniendo casi a la vista su lugar de nacimiento, Díaz la aceptó sin vacilar. Los juchitecos, que se oponían a pelear lejos de su pueblo, se insubordinaron. Declararon que ya habían cumplido con su acuerdo de llegar hasta las inmediaciones de Oaxaca, y que proponían regresar a Juchitán. Díaz protestó, pero fue en vano. Entonces decidió darles una lección. Formó a sus fuerzas en fila y les dio una orden táctica común. Los oaxaqueños lo obedecieron; los juchitecos rebeldes no se movieron. El joven coronel fingió no darse cuenta de la desobediencia general, pero dirigió su atención a un sargento insubordinado que estaba junto a él cuando dio la orden. Reprendió al sargento, lo derribó y le dio de puntapiés. Como resultado, los juchitecos volvieron a ser serios y obedientes. “Coloqué mi fuerza —dice Díaz— en el siguiente orden: a la vanguardia a la fuerza de Chiapas, en el centro a los juchitecos, y a la retaguardia a las compañías de la Guardia Nacional; dándoles orden a los soldados de ésta, en alta voz y de modo que los juchitecos la entendieran, de pasar por las armas a todo soldado que se atrasara en la marcha.”

Una hora después, la vanguardia del enemigo atacó a la reducida fuerza liberal, pero ésta logró hacerla retroceder.

Al rechazar este asalto, Díaz dio a sus soldados ejemplo del poder que un individuo adiestrado e inteligente puede desplegar en la batalla. Tomando un mosquete en las manos, apuntó con cuidado a las tropas que avanzaban. Su primer tiro mató al coronel Canalizo. Díaz disparó por segunda vez y el capitán Monterrubio, comandante del primer escuadrón, cayó muerto del caballo. Estos dos tiros desmoralizaron por completo a la columna de Canalizo.

Díaz ocupó una colina entre Xagá y Mitla, y allí lo atacaron violentamente la infantería y la artillería de Cobos. Los juchitecos huyeron en masa y no pudo detenerlos. A pesar de eso, el puñado de soldados de la Guardia Nacional, encabezados por Díaz, desalojaron a Cobos, pero éste volvió a atacar y la reducida fuerza de los liberales no pudo hacer frente al número avasallador del enemigo. Díaz tuvo que abandonar su posición, echando por tierra sus planes al retirarse. Sólo había dejado 72 soldados del segundo batallón Oaxaca. Fue una derrota, pero incluso los periódicos clericales de Oaxaca elogiaron a la pequeña banda de patriotas por la valiente batalla que libraron.

Díaz se fue rápidamente hacia las montañas para unirse a la columna liberal de Ixtlán, donde se encontraba el gobernador Ordaz. Al día siguiente, 23 de enero de 1860, habiéndose unido de nuevo Marcelino Cobos a José María Cobos, los líderes de las fuerzas enemigas decidieron no esperar a que el gobernador Ordaz y sus tropas para bajar a la llanura y, eufóricos por su victoria sobre Díaz, se apresuraron a entablar combate con las fuerzas del estado al pie de la sierra. Hubo una batalla en Santo Domingo del Valle. El ejército de los Cobos salió derrotado, pero el gobernador Ordaz resultó herido de muerte y falleció unas horas después.

Tres días después, el 26 de enero, Díaz se unió a las fuerzas del estado con sus hombres. Muerto el gobernador Ordaz, el general Cristóbal Salinas tomó el mando. No hicieron el intento de perseguir a los hermanos Cobos, quienes se replegaron a Oaxaca.

Sufriendo por su derrota, Díaz insistió en sitiar Oaxaca de inmediato. Establecieron el sitio y los liberales tomaron posesión de algunas posiciones distantes, pero sus operaciones se vieron entorpecidas a

causa de los desacuerdos por la gubernatura entre el coronel Salinas y don Marcos Pérez, quien aseguraba ser el gobernador en funciones. En Veracruz, Juárez se enteró de estas riñas y envió al general Vicente Rosas Landa, quien el 12 de febrero de 1860 asumió el supremo mando militar y dirigió el sitio. Después de tres meses de operaciones lentas, Landa se enteró que de la ciudad de México habían mandado una fuerza en su contra, y al considerar inviable tomar Oaxaca, abandonó el sitio y retrocedió por las montañas para finalmente reunirse con Juárez en Veracruz.

Durante su retirada a las colinas, los soldados experimentaron tal sentimiento de amargura que algunos de ellos planearon matar a Landa, pero Díaz sofocó el complot haciéndoles saber que defendería al general con su propia vida. En Veracruz, Landa se quejó con Juárez de que los oficiales oaxaqueños eran incapaces, pero el presidente indígena le tenía preparada una sorpresa. Tan pronto como el general expresó su queja, Juárez le informó que esos oficiales incompetentes habían logrado una victoria muy importante sobre el líder conservador Trejo, al pie de las montañas de Ixtlán, y mandaron la noticia tan rápido para que llegara antes que Landa.

Esta victoria permitió reorganizar las fuerzas liberales y reanudar el sitio de Oaxaca al mando del coronel Salinas. El 2 de agosto de 1860, el ejército liberal llegó de nuevo a la vista de Oaxaca. Tres días después hubo una batalla antes de llegar a la ciudad. Las fuerzas sitiadas salieron y abrieron fuego. Una vez más el coronel Díaz se distinguió en la acción. Encabezaba una división que arremetió contra el centro de la línea enemiga e hizo que huyera, a pesar de una resistencia obstinada. Un viejo soldado que observó a Díaz donde estaba la acción cuenta que nunca vio un semblante más imponente. Sus rasgos, por lo general tan apacibles y que reflejaban determinación, cambiaban a una expresión de fiereza indescriptible. Sus ojos parecían centellear. Su voz profunda se oía repetidamente en el campo de batalla al guiar a sus soldados contra el enemigo desesperado. El adversario se replegó a la ciudad. La batalla prosiguió todo el día, pero no fue sino hasta la medianoche cuando ocuparon el cuartel general de Cobos. Los liberales tomaron 300 prisioneros y gran cantidad de municiones y otros pertrechos.

El presidente Díaz hizo la siguiente descripción de su participación en la toma de Oaxaca:

Con 700 hombres me uní al coronel Salinas. Al día siguiente, el 4 de agosto de 1860, llegamos a la Hacienda de San Luis, como a dos kilómetros de la ciudad de Oaxaca, donde pasamos la noche. Al despuntar la luz del día, vi que a nuestra espalda había un puesto militar del enemigo que nos habría impedido volver a las montañas si lo hubiéramos intentado. Era la mitad del 9° Batallón mandada por su teniente coronel don Manuel González [más tarde presidente de México]. Mandé batir esa tropa por dos capitanes, quienes lograron derrotarla y la obligaron a incorporarse con el grueso del enemigo. En esos momentos fue rechazado Marcelino Cobos que atacaba la hacienda de Dolores, y a la vez se me incorporaban tropas adicionales, y era precisamente el momento en el que General José M. Cobos con el núcleo principal de sus tropas, con tres baterías de artillería y los derrotados de Dolores, atacaba resueltamente las posiciones que ocupaba yo en la hacienda de San Luis. Por nuestra parte hicimos un avance general, saliendo a la llanura al encuentro de Cobos, capturamos sus cañones más pesados y lo obligamos a retirarse a la ciudad.

Dispuso entonces el coronel Salinas que ocupara yo la Plaza de Armas. Después de una tenaz resistencia en las calles por donde tenía yo que penetrar a la plaza, perdiendo muchos soldados y oficiales, y habiendo recibido una bala que me inutilizó la pierna derecha, aunque sin tocar el hueso, logré desalojar al enemigo de la Plaza de Armas, del palacio, de la Catedral y del Convento de la Concepción, dejándolo reducido exclusivamente a Santo Domingo y al Carmen.

Comencé desde luego a horadar dos líneas de manzanas, con dirección a Santo Domingo para acercar mis columnas a esa posición, a cubierto de los fuegos enemigos. Me proponía salir con mi fuerza por las casas que quedaban frente al convento y proteger el ataque desde las alturas de dichas casas. Esta operación duró todo

el día y parte de la noche del 5 de agosto de 1860. El coronel Salinas se me había incorporado y todas las operaciones las ejecutaba de su orden. Adelantados nuestros trabajos en condición de poder dar el asalto al amanecer del día 6, nos avisaron que el enemigo había derribado parte de la pared de la Huerta de Santo Domingo, y que por allí se había fugado.

Como yo había sido herido desde las nueve de la mañana del día anterior y no pudiendo andar a pie, había andado a caballo durante el día y la noche, no estaba ya en condición de andar más y mucho menos de combatir.

Cuando Juárez leyó en Veracruz los despachos del coronel Salinas, junto con las descripciones privadas y las que los periódicos hicieron de la batalla se conmovió profundamente y exclamó con mucho sentimiento: "Porfirio es el hombre de Oaxaca". El héroe fue promovido al rango de coronel en el ejército regular.

Díaz tenía el pie inutilizado y tuvo que cojear largo tiempo. Sin embargo, su antiguo maestro, don Marcos Pérez, ya gobernador del estado, lo nombró comandante de la guarnición de Oaxaca. Hizo un decidido esfuerzo por mantenerse en pie y cumplir sus deberes, pero se vio forzado a permanecer en cama y se levantó apenas el 15 de septiembre de 1860. Como la bala que recibió en el asalto a Oaxaca lo debilitara, lo atacó el tifo y hubo ocasiones en que pensó que moriría.

Después de la batalla donde Cobos escapó de Oaxaca, el capitán Félix Díaz, hermano menor de Porfirio Díaz, criticó al coronel Salinas por no haber perseguido al enemigo. Enfadado por esto, el coronel Salinas mandó a Félix Díaz con un puñado de hombres y escasas municiones para adelantarse a las fuerzas del formidable líder de guerrilleros. El capitán alcanzó a Cobos en La Seda y lo derrotó, tomando diez cañones y muchos prisioneros, entre ellos unos cuatrocientos dragones. A estos hombres el bando liberal los conquistó para su causa y más adelante se volvieron la base de un nuevo regimiento, conocido como los lanceros de Oaxaca.

Al comienzo de la Guerra de Reforma, Félix Díaz sirvió en el ejército clerical. Lo ascendieron al rango de teniente coronel. Puede parecer des-

concertante que dos hermanos honrados y patriotas estuvieran luchando en bandos opuestos cuando el destino de su país estaba en juego; pero como Félix estaba en el ejército cuando Santa Anna regresó al poder en 1853, y como todo el ejército reconocía a Santa Anna, se limitó a seguir el ejemplo de sus compañeros.

Cuando yo me hallaba en Tehuantepec, en los años de 1858 y 1859 —dice el presidente Díaz en sus memorias— mi hermano se sintió profundamente disgustado al saber que militábamos en bandos contrarios; porque no podía él faltar a sus compromisos, sin cometer una mala acción. En ese tiempo o un poco después, la prensa publicó un informe falso de mi muerte en un combate en Oaxaca, y esta noticia que mi hermano vio en un periódico, lo decidió a separarse del ejército de los conservadores. Para entonces formaba parte del Estado Mayor del general don Leonardo Márquez, “el Tigre de Tacubaya”. Félix pidió licencia y vino a presentarse a Oaxaca en marzo de 1860, a la sazón en que sitiábamos a aquella ciudad, a las órdenes del general Rosas Landa. Tomó servicio en nuestras filas y desde ese momento siempre sirvió al partido liberal.